

Sesión 4 Psicopedagogía para una renovada clase de Religión

Martes 16 de marzo de 2021
17:30 a 19:30

PANEL DE DEBATE

HUMANISMO Y PERSONALIZACIÓN

Xosé Manuel Domínguez Prieto

Director del Instituto da Familia de Ourense. Autor de *El arte de acompañar*.

Comenzaré con preguntas lanzadas al corazón del profesor de religión y de aquellos que quieran repensar su misión, si quiere ser personalizante y humanizante.

- ¿Qué haces cuando enseñas religión? ¿Te dedicas a transmitir información? ¿Se trata de cumplir con el currículo? ¿Expones una asignatura?... ¿O haces presente el Camino, la Verdad y la Vida ante tus alumnos?
- ¿Cómo enseñas religión? ¿Transmites conceptos?...¿O apelas a la vida de la persona mediante la referencia a experiencias vitales clave?
- ¿A quién enseñas? ¿A unos alumnos, esperando de ellos la asimilación de unos contenidos?... ¿o a personas dotadas, además de inteligencia, de una dimensión interior, espiritual?
- ¿Acompañas a tus alumnos?

Por centrar la reflexión del modo más práctico y apelativo, nos centraremos en este último punto, pues en él está la clave para la respuesta a las anteriores preguntas y la clave de un currículo de religión que quiera ser humanizante, personalizante y, por tanto, evangelizador.

Sabemos que la fe está llamada a hacerse cultura y que la Revelación tiene la capacidad de iluminar todas las realidades humanas. También la del acompañamiento a nuestros alumnos. Por eso puede ser muy esclarecedor tomar en cuenta algunos pasajes evangélicos como iluminadores del método del acompañamiento, aplicables en toda circunstancia, en creyentes y no creyentes, pero de especial relevancia para quien enseña religión. Tomaremos como referencia última el pasaje del Emaús (Lc24, 13-35), dado que tiene una especial relevancia heurística para iluminar la misión de acompañar al alumnado, dimensión clave de quien enseña religión en cualquier nivel o aspecto. Invito a quien esto lea a que previamente lea el pasaje citado, aunque haré referencias a los diversos pasajes de la perícopa.

1. In itinere

“Dos de ellos iban a una aldea llamada Emaús, distante a una dos leguas de Jerusalén” (v.13). “Pero ellos tenían sus ojos incapacitados” (v.16)

El profesor de religión, si quiere acompañar, ha de tener nociones, al menos básicas, de antropología de la persona. Así podrá descubrir que toda persona está en camino. Y también que un hecho básico y central del ser persona es que en este

camino se sufren dolor, frustraciones, heridas, decepciones, crisis. Esto resulta muy duro, sobre todo al '*homo anestesicus*' de nuestros tiempos, por lo que se producen huidas, repliegues. Se produce ceguera sobre la propia vida y sobre su situación. En realidad, vistas desde el acompañamiento (y desde el final del proceso) estos momentos son un kairós, un tiempo de gracia, pues es el que va a permitir el cambio, la sanación, la maduración, el crecimiento.

2. Encuentro

“Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona los alcanzó y se puso a caminar con ellos” (v.15)

En esta huída y repliegue, hay alguien (el acompañante) que se les sale al camino y se acerca. Es capaz de caminar al ritmo del acompañado y es capaz de ganar su confianza. Se hace cercano, compañero de viaje. Esta es la primera actitud que da pie al acompañamiento, salir al camino, salir al encuentro del alumno, caminar junto a él, a su ritmo. Caminar no para adelantar consejos, no como experto, sino como aquel que le sale al camino de su vida.

3. Diaconía

“Él les preguntó: ¿De qué vais conversando por el camino? Ellos se detuvieron con semblante afligido...” ¿Qué cosa? Le contestaron: Lo de Jesús de Nazaret...”(v.17-19). “Jesús les dijo: ¡Qué necios y torpores para creer cuanto dijeron los profetas. ¿No tenía que padecer eso el Mesías para entrar en su gloria?” (v.25).

- a. Ponerse a caminar no es un hecho pasivo, no es 'hacer compañía'. Hay una tarea que hacer con el acompañado cuyo objetivo es facilitar o provocar la sanación y la transformación. Quien acompaña ha de dinamizar el interior del acompañado. ¿Cómo? A través de la pregunta. Con la pregunta, el alumno toma conciencia de sí, se permite acceder a su contexto y, sobre todo, a la verdad de su vida. El docente de religión ha de ser experto en el arte de preguntar, pues no hay nada más absurdo que proporcionar respuestas a preguntas que no se han hecho los alumnos
- b. El profesor que acompaña ha de estar atento al acompañado, no sólo a lo que dice sino a cómo lo dice, a su rostro. La aflicción, la tristeza, el abatimiento, se manifiestan en el rostro, en la postura corporal, en el tono de voz. Para eso mediante la pregunta le invitamos a detenerse y a tomar conciencia de sí.
- c. Una vez tomada la conciencia y dándose la expresión corporal, llega la expresión verbal (“Nosotros esperábamos...”). Se manifiesta que se ha roto la esperanza. Pero también es el momento de descubrir hasta qué punto se había puesto la esperanza en falsos ídolos. El profesor escucha.
- d. Quien acompaña escucha pacientemente la narración del acompañado, su queja, su dolor, sus argumentos. Ser escuchados es manifestar amor, un modo de dignificar al alumno.

4. Martyría

“Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que en toda la Escritura se refería a Él” (v. 27).

El método del acompañamiento cristiano incluye el servicio sanador, la terapia como acompañamiento y cuidado sanador, pero va mucho más allá. Pero el

acompañamiento no se puede reducir a ser terapia o a ser intervención, sino que es camino hacia una nueva dimensión biográfica, a una iluminación vital. El siguiente paso consiste en poner ante el alumno una clave interpretativa de su propia vida, una narración que ilumine la narración de su vida y desde ahí se produzca un cambio de perspectiva y, sobre todo, un cambio en el corazón. Y esto que pone el profesor ante sus alumnos para iluminar sus vidas es, por un lado, la Palabra, que se ofrece como luz, como palabra viva, como criterio iluminador. Pero también su propio testimonio de vida, de ahí la importancia de la congruencia de vida.

5. Liturgia

“Entró para quedarse con ellos; y, mientras estaba con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Se dijeron uno al otro: ¿No se abrasaba nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba la escritura?” (vv. 29-31).

El profesor de religión entonces emplea otro elemento clave en el acompañamiento y transformación del alumno: el símbolo. Y a través del símbolo, se les abre definitivamente la visión de las cosas, reconociendo que ardía su corazón. Es en el corazón donde se reconoce el cambio, que va mucho más allá del ‘insight’, del darse cuenta. Ocurre un símbolo, aportado por el acompañante, que es signo transformador para el acompañado. Puede ser en el contexto de un rito celebrativo (por eso, liturgia religiosa, lectura de la Palabra, sacramentos, rituales, ... tienen una fuerte carga transformadora). También el acompañante puede hacer otro tipo de símbolos que conecten con la vida de la persona y que permiten visualizar o entender circunstancias personales. En definitiva: en la formación religiosa han de incluirse experiencias simbólicas, ha de invitarse a vivir el simbolismo como pórtico de la experiencia de Dios que encierra la religión.

6. Acción y puesta en camino

“Al punto, se levantaron, volvieron a Jerusalén” (v.33).

Si alguien tiene un cambio de perspectiva meramente cognitivo, puede que permanezca sin cambios en su vida, puede que no los traduzca en acciones. Pero quien vive un cambio en el corazón, se pone en camino, se pone en acción. Se mira la vida en perspectiva, el camino que hay por delante (y que antes no se veía, cegados con el camino que había por atrás). El repliegue se transforma en despliegue. La propuesta de la clase de religión no puede terminar en la asimilación de contenidos sino en propuestas de vida hechas por el propio alumno.

7. Koinonía

“Y encontraron a los Once con los demás compañeros (...) Ellos por su parte contaron lo que les había sucedido en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan” (v.33-35).

La puesta en camino lleva a la comunidad y a romper con el individualismo. El primer encuentro y todo el proceso le hace a la persona capaz de comunidad, de encuentro, de volcarse en otros, de vivir para otros. Este es uno de los rasgos de crecimiento, sanación y maduración: el (re)establecimiento de redes comunitarias, de relaciones significativas. La clase de religión ha de ser una invitación a la comunidad.

Bibliografía

+H29. Curso online. www.institutodafamilia.es. Escuelas Católicas/Fundación Edelvives/Instituto da Familia

Domínguez Prieto, X.M.: El profesor cristiano. Identidad y misión. PPC, Madrid, 2015.